Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Mensaje

38ª Jornada Mundial de la Juventud 2013

Id y haced discípulos a todos los pueblos (cf. Mt 28,19)

24 de marzo de 2013

Queridos jóvenes:

Quiero haceros llegar a todos un saludo lleno de alegría y afecto. Estoy seguro de que la mayoría de vosotros habéis regresado de la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid "arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe" (cf. Col 2,7). En este año hemos celebrado en las diferentes diócesis la alegría de ser cristianos, inspirados por el tema: «*Alegraos siempre en el Señor*» (Flp 4,4). Y ahora nos estamos preparando para la próxima Jornada Mundial, que se celebrará en Río de Janeiro, Brasil, en julio de 2013.

Ante todo, quisiera renovaros mi invitación a que participéis en esa importante cita. La célebre estatua del Cristo Redentor, que domina aquella hermosa ciudad brasileña, será su símbolo elocuente. Sus brazos abiertos son el signo de la acogida que el Señor regala a cuantos acuden a Él, y su corazón representa el inmenso amor que tiene por cada uno de vosotros. ¡Dejaos atraer por Él! ¡Vivid esta experiencia del encuentro con Cristo, junto a tantos otros jóvenes que se reunirán en Río para el próximo encuentro mundial! Dejaos amar por Él y seréis los testigos que el mundo tanto necesita.

para que nos libere radicalmente del mal. Y Cristo ha enviado a sus discípulos para que lleven a todos los pueblos este gozoso anuncio de salvación y de vida nueva.

En su misión de evangelización, la Iglesia cuenta con vosotros. Queridos jóvenes, vosotros sois los primeros misioneros entre los jóvenes. Al final del Concilio Vaticano II, cuyo 50º Aniversario estamos celebrando este año, el siervo de Dios Pablo VI entregó a los jóvenes del mundo un Mensaje que empezaba con estas palabras: «*A vosotros, los jóvenes de uno y otro sexo del mundo entero, el Concilio quiere dirigiros su último mensaje. Pues sois vosotros los que vais a recoger la antorcha de manos de vuestros mayores y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia. Sois vosotros quienes, recogiendo lo mejor del ejemplo y de las enseñanzas de vuestros padres y maestros, vais a formar la sociedad del mañana; os salvaréis o pereceréis con ella*». Concluía con una llamada: «*¡Construid con entusiasmo un mundo mejor que el de vuestros mayores!*» (*Mensaje a los Jóvenes*, 8-12-1965).

Queridos jóvenes, esta invitación es de gran actualidad. Estamos atravesando un período histórico muy particular. El progreso técnico nos ha ofrecido posibilidades inauditas de interacción entre los hombres y los pueblos, pero la globalización de estas relaciones solo será positiva y hará crecer al mundo en humanidad si se basa no en el materialismo sino en el amor, que es la única realidad capaz de colmar el corazón de todos y de unir a las personas. Dios es amor. El hombre que se olvida de Dios se queda sin esperanza y es incapaz de amar a su semejante. Por ello, es urgente testimoniar la presencia de Dios, para que cada uno la pueda experimentar. La salvación de la humanidad y la salvación de cada uno de nosotros están en juego. Quien comprenda esta necesidad solo podrá exclamar con Pablo: «*¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!*» (1Co 9,16).

2. Sed discípulos de Cristo

Esta llamada misionera se os dirige también por otra razón: Es necesaria para vuestro camino de fe personal. El beato Juan Pablo II escribió: «*La fe se refuerza dándola*» (Encíclica *Redemptoris missio*, 2).

3. Id

Jesús envió a sus discípulos en misión con este encargo: «*Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará*» (Mc 16,15-16). Evangelizar significa llevar a los demás la Buena Nueva de la salvación, y esta Buena Nueva es una persona: Jesucristo. Cuando le encuentro, cuando descubro hasta qué punto soy amado por Dios y salvado por Él, nace en mí no solo el deseo, sino también la necesidad de darlo a conocer a otros. Al principio del Evangelio de Juan vemos cómo Andrés, después de haber encontrado a Jesús, se da prisa en llevarle a su hermano Simón (cf. Jn 1,40-42). La evangelización parte siempre del encuentro con Cristo, el Señor. Quien se ha acercado a Él y ha experimentado su amor, quiere compartir enseguida la belleza de ese encuentro y la alegría que nace de esa amistad. Cuanto más conocemos a Cristo, más deseamos anunciarlo. Cuanto más hablamos con Él, más deseamos hablar de Él. Cuanto más nos hemos dejado conquistar, más deseamos llevar a otros hacia Él.

Por medio del Bautismo, que nos hace nacer a una vida nueva, el Espíritu Santo se establece en nosotros e inflama nuestra mente y nuestro corazón. Es Él quien nos guía para conocer a Dios y entablar una amistad cada vez más profunda con Cristo; es el Espíritu quien nos impulsa a hacer el bien, a servir a los demás, a entregarnos. Mediante la Confirmación, somos fortalecidos por sus dones para testimoniar el Evangelio cada vez con más madurez. El alma de la misión es el Espíritu de amor, que nos empuja a salir de nosotros mismos para ”ir” y evangelizar. Queridos jóvenes, dejaos conducir por la fuerza del amor de Dios; dejad que este amor venza la tendencia a encerrarse en el mundo propio, en los problemas propios, en las costumbres propias. Tened el valor de salir de vosotros mismos hacia los demás y guiarlos hacia el encuentro con Dios.

4. Llegad a todos los pueblos

El segundo ámbito es el de la movilidad. Hoy son cada vez más numerosos los jóvenes que viajan, por motivos de estudio, de trabajo o de diversión. Pero pienso también en todos los movimientos migratorios, en los que millones de personas, a menudo jóvenes, se trasladan y cambian de región o de país por motivos económicos o sociales. También estos fenómenos pueden convertirse en ocasiones providenciales para la difusión del Evangelio. Queridos jóvenes, no tengáis miedo de testimoniar vuestra fe también en esos contextos; comunicar la alegría del encuentro con Cristo es un don precioso para aquellos con los que os encontráis.

5. Haced discípulos

Pienso que a menudo habréis experimentado dificultades para que vuestros coetáneos participen en la experiencia de la fe. A menudo habréis constatado cómo muchos jóvenes, especialmente en ciertas fases del camino de la vida, tienen el deseo de conocer a Cristo y vivir los valores del Evangelio, pero no se sienten idóneos ni capaces. ¿Qué se puede hacer? Sobre todo con vuestra cercanía y vuestro sencillo testimonio abrís una brecha, a través de la cual Dios puede tocar sus corazones. El anuncio de Cristo no consiste solo en palabras, sino que debe implicar toda la vida y traducirse en gestos de amor. Es el amor que Cristo ha infundido en nosotros el que nos hace evangelizadores; nuestro amor debe conformarse cada vez más con el suyo. Como el buen samaritano, debemos tratar con atención a los que encontramos, debemos saber escuchar, comprender y ayudar, para poder guiar a quien busca la verdad y el sentido de la vida hacia la casa de Dios, que es la Iglesia, donde se encuentra la esperanza y la salvación (cf. Lc 10,29-37). Queridos amigos, no olvidéis nunca que el primer acto de amor que podéis realizar hacia el prójimo es el de compartir la fuente de nuestra esperanza; quien no da a Dios, da muy poco.

Jesús ordena a sus Apóstoles: «*Haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado*» (Mt 28,19-20). Los medios que tenemos para ”hacer discípulos” son principalmente el Bautismo y la catequesis. Esto significa que debemos conducir a las personas que estamos evangelizando para que encuentren a

encontrar en la Eucaristía la fuente de vuestra vida de fe y de vuestro testimonio cristiano, participando con fidelidad en la misa dominical y cada vez que podáis durante la semana. Acudid frecuentemente al sacramento de la Reconciliación, que es un encuentro precioso con la misericordia de Dios, que nos acoge, nos perdona y renueva nuestros corazones en la caridad. No dudéis en recibir el sacramento de la Confirmación, si aún no lo habéis recibido, preparándoos con esmero y solicitud. Es, junto con la Eucaristía, el sacramento de la misión por excelencia, que nos da la fuerza y el amor del Espíritu Santo para profesar la fe sin miedo. Os aliento también a que hagáis adoración eucarística; detenerse en la escucha y en el diálogo con Jesús presente en el sacramento es el punto de partida de un nuevo impulso misionero.

Si seguís por este camino, Cristo mismo os dará la capacidad de ser plenamente fieles a su Palabra y de testimoniarlo con lealtad y valor. A veces seréis llamados a demostrar vuestra perseverancia, en particular cuando la Palabra de Dios suscite oposición o cerrazón. En ciertas regiones del mundo, por falta de libertad religiosa, algunos de vosotros sufrís por no poder dar testimonio de vuestra fe en Cristo. Hay quien ya ha pagado con la vida el precio de su pertenencia a la Iglesia. Os animo a que permanezcáis firmes en la fe, seguros de que Cristo está a vuestro lado en esta prueba. Él os repite: «*Bienaventurados vosotros cuando os insulten, os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo*» (Mt 5,11-12).

7. Con toda la Iglesia

Queridos jóvenes, para permanecer firmes en la confesión de la fe cristiana allí donde habéis sido enviados, necesitáis a la Iglesia. Nadie puede ser testigo del Evangelio en solitario. Jesús envió a sus discípulos a la misión en grupos: ”Haced discípulos” está puesto en plural. Por tanto, nosotros siempre damos testimonio en cuanto miembros de la comunidad cristiana; nuestra misión es fecundada por la comunión que vivimos en la Iglesia, y gracias a esa unidad y a ese amor mutuo nos reconocerán como discípulos de Cristo (cf. Jn 13,35). Doy gracias a Dios por la preciosa obra de evangelización que realizan

Al final de la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid, bendije a algunos jóvenes de diversos continentes que partían en misión. Ellos representaban a tantos jóvenes que, siguiendo al profeta Isaías, dicen al Señor: «*Aquí estoy, mándame*» (Is 6,8). La Iglesia confía en vosotros y os agradece sinceramente el dinamismo que le dais. Usad vuestros talentos con generosidad al servicio del anuncio del Evangelio. Sabemos que el Espíritu Santo se regala a los que, en pobreza de corazón, se ponen a disposición de dicho anuncio. No tengáis miedo. Jesús, Salvador del mundo, está con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo (cf. Mt 28,20).

Esta llamada, que dirijo a los jóvenes de todo el mundo, tiene una particular relevancia para vosotros, queridos jóvenes de América Latina. En la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que tuvo lugar en Aparecida en 2007, los obispos lanzaron una ”misión continental”. Los jóvenes, que en aquel continente constituyen la mayoría de la población, representan un potencial importante y valioso para la Iglesia y para la sociedad. Sed vosotros los primeros misioneros. Ahora que la Jornada Mundial de la Juventud regresa a América Latina, exhorto a todos los jóvenes del continente: Transmitid a vuestros coetáneos del mundo entero el entusiasmo de vuestra fe.

Que la Virgen María, Estrella de la Nueva Evangelización, invocada también con las advocaciones de Nuestra Señora de Aparecida y Nuestra Señora de Guadalupe, os acompañe en vuestra misión como testigos del amor de Dios. Os imparto a todos, con particular afecto, mi Bendición Apostólica.

Vaticano, 18 de octubre de 2012.